

III JORNADAS DE HISTORIA DE Daimiel



JORNADAS
DE HISTORIA
DE Daimiel

EDITA	Ayuntamiento de Daimiel
COORDINACIÓN	Museo Comarcal de Daimiel
IMPRESIÓN	Gráficas Moreno

Fotografía de portada:
Vista interior de la Motilla del Azuer. Museo Comarcal de Daimiel.

I.S.B.N.: 978-84-936471-8-6
Depósito Legal: D.L. CR 475-2015

Reservados todos los derechos de esta edición.
Prohibida la reproducción total o parcial sin la debida autorización

© 2015 · Ayuntamiento de Daimiel
© de los textos: los autores
© de las fotografías: los autores

III JORNADAS DE HISTORIA DE Daimiel



MUSEO COMARCAL
DE DAIMIEL



ÍNDICE

Presentación. Leopoldo Sierra Gallardo.....	9
Prólogo. Jesualdo Sánchez Bustos	11
La Motilla del Azuer: un yacimiento arqueológico de interés cultural en Daimiel (Ciudad Real)	15
Miguel Torres Mas.	
Notas sobre el poblamiento de época ibérica en Daimiel (Ciudad Real)	31
David Rodríguez González.	
La romanización a través de las necrópolis de incineración en el entorno de Daimiel. Contextos arqueológicos e inferencias culturales dentro el área manchega a partir de los toriles-casas altas (Villarrubia de los ojos), Laminium (Alhambra) y Cerro de las Cabezas (Valdepeñas)	45
Dionisio Urbina Martínez, Catalina Urquijo Álvarez de Toledo y Luis Benítez de Lugo Enrich.	
Los límites del territorio en el paisaje medieval: La articulación del poblamiento en torno a Daimiel	61
Pedro J. Ripoll Vivancos.	
La comunidad mudéjar de Daimiel: Algunas noticias	77
Clara Almagro Vidal.	
Villadiego estuvo en el Río Azuer: Estudio a través de las fuentes documentales	91
Ambrosio Miralles García-Moreno.	
Santa Teresa de Jesús, el Carmen Descalzo y Daimiel (ss. XVI-XXI). Una ofrenda filial	105
Daniel Carrillo de Albornoz Alonso.	
Notas sobre la venta del patrimonio de los moriscos expulsados de Daimiel y del Campo de Calatrava	119
Francisco J. Moreno Díaz del Campo.	
Procesos inquisitoriales contra naturales o vecinos de Daimiel en el siglo XVIII y principios del XIX	135
Juan Gregorio Álvarez Calderón.	
Inicio y desarrollo del ferrocarril en Daimiel (1860-1900)	151
Daniel Marín Arroyo.	
El derecho maestro de Daimiel. Las vicisitudes del Monte Ardales	167
Juan Vidal Gago.	

Daimiel y su archivo. Esbozo histórico local a partir de documentos del Archivo Municipal de Daimiel	183
Carlos Moya Córdoba y Rubén Rodríguez Galán.	
Daimiel en las Guerras Carlistas (1833-1875)	199
Carlos Fernández-Pacheco Sánchez Gil y Concepción Moya García.	
Daimiel durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930)	215
Jesús Gutiérrez Torres.	
Intrahistoria del Aeródromo de Daimiel	231
Rafael García-Moreno Arroyo.	
Desafectos ante la justicia popular republicana	245
Iván Fernández-Bermejo Gómez.	
El proyecto de desecación de las Tablas de Daimiel de 1937 a través del registro sedimentario y de las fuentes historiográficas	259
Alberto Celis Pozuelo, Juan I. Santisteban Navarro, Rosa Mediavilla López, Silvino Castaño Castaño y Almudena de la Losa Román.	
Estudio situación del acuífero 23 en 60 años	275
Miguel Román Torres López-Lorenzo.	
Cuatro décadas dando vueltas por las Tablas de Daimiel y la Cuenca del Guadiana	293
José Ramón Aragón Cavaller.	
Arquitectura popular manchega excavada: el caso singular de las cuevas de quintería en el medio rural daimieleño	309
David Cejudo Loro.	
Arquitectura popular en el Parque Nacional de las Tablas de Daimiel. Factores explicativos, tipología y cartografía	325
Óscar Jerez García.	
Rasgos e influencias de la arquitectura modernista en Daimiel	343
Silvia García de la Camacha Martín-Pozuelo.	
La máscara guarrona de Daimiel	359
Jesús Sánchez-Mantero Gómez-Limón.	
La Diosa Romana, de nombre castizo en el jardín francés	375
Mariano José García-Consuegra García-Consuegra.	
Miguel Fisac y la arquitectura posconciliar	389
Ramón Vicente Díaz del Campo Martín Mantero.	

LA ROMANIZACIÓN A TRAVÉS DE LAS NECRÓPOLIS DE INCINERACIÓN EN EL ENTORNO DE DAIMIEL. CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS E INFERENCIAS CULTURALES DENTRO EL ÁREA MANCHEGA A PARTIR DE LOS TORILES-CASAS ALTAS (VILLARRUBIA DE LOS OJOS), LAMINIUM (ALHAMBRA) Y CERRO DE LAS CABEZAS (VALDEPEÑAS)

Dionisio Urbina Martínez ¹
Catalina Urquijo Álvarez de Toledo ¹
Luis Benítez de Lugo Enrich ²

Resumen

Los datos obtenidos a partir de las excavaciones arqueológicas desarrolladas en Los Toriles-Casas Altas (Villarrubia de los Ojos), presentados parcialmente hace más de una década, pueden en este momento ser contextualizados en el territorio gracias a los hallazgos realizados en los últimos años.

Por este motivo se realiza una revisión de los elementos de esta necrópolis en asociación a otros similares tanto conocidos como aún inéditos, que nos permiten avanzar en el conocimiento del mundo funerario de la Oretania septentrional en los momentos finales de la Edad del Hierro y durante los inicios del proceso de romanización.

1. Introducción

A diferencia de lo que sucede en provincias vecinas como Albacete o Jaén, el conocimiento y los datos disponibles sobre necrópolis de incineración del período iberorromano presenta en la provincia de Ciudad Real en general, y en el área manchega en particular, un muestrario de evidencias fragmentarias e inconexas, cuando no un importante vacío (García Huerta y Morales, 2000).

¹ Arqueoexperiences. www.arqueoexperiences.es. c/ Llano, 25. 45370 Santa Cruz de la Zarza (Toledo). arqueoexperiences@gmail.com.

² Dpto. de Prehistoria y Arqueología - UNED Ciudad Real. Aptdo. de Correos 238, 13300 Valdepeñas (Ciudad Real). Ibenitez@valdepenas.uned.es.

Concretamente, en el área manchega contamos tan sólo con las actuaciones realizadas en Camino del Matadero (Alhambra), Los Toriles-Casas Altas (Villarrubia de los Ojos) y las recientes intervenciones en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas). Bien es cierto que las intervenciones en todas ellas han sido cortas y, hasta el momento, no han gozado de continuidad.

Estos tres ejemplos, no obstante, revelan ciertas características comunes en el territorio, como son la continuidad del hábitat y de los ritos de enterramiento que también han sido constatadas en las provincias vecinas de Albacete y Jaén, y que vienen a ampliar nuestros conocimientos sobre un período por conocido en la provincia, como es el de la transición del mundo ibérico al romano en el área estudiada. En estos cementerios se observan ciertos rasgos en los rituales de enterramiento, características tipológicas y decorativas de las vasijas empleadas y presencia de objetos fruto de corrientes comerciales, que permiten profundizar en los tiempos y modos del proceso de romanización en la región.

A continuación se exponen los datos más relevantes de todas ellas, con el fin de aportar los datos que permitirán caracterizar el ritual funerario de este momento histórico en la zona.

2. Necrópolis del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)

El Cerro de las Cabezas se encuentra ubicado en la margen izquierda del río Jabalón, en la cuenca hidrográfica. El asentamiento protohistórico ocupa una superficie de aproximadamente 14 ha. en un cerro de unos 805 m.s.n.m., con pendientes pronunciadas al norte y oeste, y suaves al este y sur. Al oeste su visibilidad se encuentra limitada por una cadena de cerros. Por ello, en este flanco sus murallas no descienden hasta el valle como sucede por el sur o este, sino que se mantienen más protegidas a una cota elevada del cerro, viéndose apoyadas por una atalaya cuadrangular denominada por sus excavadores 'Cerro de las Cabezas II' construida a 430 m de distancia sobre el cerro vecino; una edificación con mampostería careada pero sin evidencias de monumentalidad (sillares, basas o capiteles, grandes puertas, etc.). Esta atalaya es importante porque, además contar con una evidente función estratégica de vigilancia, permite constatar la existencia de instalaciones vinculadas con la ciudad fuera de las murallas del *oppidum*, de forma similar a lo que sucede con la necrópolis aquí presentada, que se sitúa a tan solo 222 m al Este del perímetro amurallado. El Cerro de las Cabezas, que cuenta con acrópolis claramente apreciable mediante fotografía aérea, se extiende básicamente por la ladera del cerro orientada al mediodía, evitando precisamente habitar la ladera occidental que se encuentra dominada por el cerro vecino.

De otra parte, en su comarca la posición del asentamiento también es claramente estratégica. Primero, por estar situado en la arteria de comunicación este-oeste que constituye el Jabalón, con hitos de población importantes próximos, como el propio Cerro Domínguez (Granátula de Calatrava, Ciudad Real)

a occidente y Alcubillas a oriente. En segundo lugar, por su proximidad al paso hacia el valle del Guadalquivir a través del río Despeñaperros, del Guarrizas o del Puerto del Muradal, con el importante hito intermedio que constituye el Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén). También es significativa su proximidad al corredor natural de La Mancha, que permite la salida del mineral oretano y las relaciones hacia el norte (Benítez de Lugo, Hevia y Esteban, 2004).

En el yacimiento se han realizado sucesivas campañas de excavación desde 1985, habiéndose puesto al descubierto una notable superficie del asentamiento protohistórico en la parte más baja de la ladera este. A lo largo de esas campañas de excavación en este poblado se han encontrado varios enterramientos infantiles en ambientes domésticos, no funerarios. Asimismo, en el acceso sur al poblado se han descubierto los restos humanos de dos individuos decapitados³. Sin embargo no se conocía, hasta el momento presente, ninguna necrópolis asociada a este *oppidum*.

La necrópolis presentada se encuentra en una zona de vega que resulta inundable y claramente visible desde la ciudad. El cauce del río Jabalón separa el ámbito funerario del poblado. Esta disposición, además, sitúa al espacio funerario a favor de los vientos dominantes, que son del oeste. De esta forma los humos y olores de las cremaciones habitualmente se dirigirían en dirección contraria al poblado, evitándose así las molestias los espacios de habitación.

Los trabajos arqueológicos han permitido recuperar materiales de una necrópolis de incineración en posición primaria. En las dos catas abiertas fueron descubiertas un total de catorce tumbas de incineración y dos construcciones claramente vinculadas con el funcionamiento de una necrópolis de incineración: un *ustrinum* de planta elíptica donde se incineraban los cadáveres y un túmulo de planta cuadrada que alberga seis de las tumbas documentadas. Las demás tumbas descubiertas estaban enterradas en los alrededores de las construcciones descritas.

Además fueron documentados dos muros que debieron formar parte de otros complejos mayores, que se prolongan probablemente más allá de los límites del área excavada.

No se constataron evidencias de estructuras asociadas a hábitat en este lugar.

³ En 2010 el director de las excavaciones arqueológicas, el arqueólogo municipal Julián Vélez Rivas, difundió que los decapitados eran dos jóvenes de entre 10 y 15 años, enterrados tras su sacrificio ritual bajo unas cornamentas de ciervo y junto con unas espadas dobladas (Benítez de Lugo y Moraleda, 2013: 242). Sólo tras ser publicada la referencia (crítica) recién citada, y tras cuatro años sin saberse nada del hallazgo, se acometió un análisis antropológico cuyos resultados presentó el concejal de Cultura, quien corrigió al arqueólogo municipal señalando que los restos humanos pertenecían a dos hombres de 30 y 50 años, "quizás ladrones o enemigos del poblado que fueron castigados y exhibidos". Sobre la relación entre las cornamentas de cérvido -inicialmente planteadas como rituales- y los esqueletos ahora ya nada se indica. "No hacemos hipótesis", expresó públicamente la dirección del yacimiento arqueológico en el debate organizado durante la celebración de estas Jornadas de Historia tras una pregunta al respecto.

Entre las piezas de ajuar asociadas a las tumbas destacan recipientes cerámicos, armas, fíbulas y hasta 18 fusayolas.

En los alrededores, fuera de las catas abiertas, se recuperaron en el nivel superficial otros objetos arqueológicos que habían sido removidos por las labores agrícolas y por las avenidas del río Jabalón (Benítez de Lugo, 2014). De hecho, el lugar de los hallazgos se vio sumergido por el desbordamiento del río en los tres años anteriores a nuestra intervención.

La Tumba 1 (Cata 1, UC3) se encontraba directamente excavada en el suelo aproximadamente a un metro al este del *ustrinum*. Consistía en un hoyo excavado en el suelo, que contenía en su interior cenizas y una urna funeraria globular cubierta por un plato de *terra sigillata* itálica. Todo el conjunto aparecía en su contexto arqueológico primario sellado por pequeñas lajas de caliza cuidadosamente dispuestas. La cota superior de las lajas era -82 cm.

La urna de la Tumba 1 corresponde a una ollita pintada de tradición indígena enmarcable dentro del tipo Abascal 18a: vaso globular con labio sencillo. Como manifiesta este autor (Abascal, 1986: 109-110) se trata de la forma más común en la Meseta Sur. Parece estar imitando la forma Mayet XXb de paredes finas, fabricada desde Tiberio a Claudio.

No es posible clasificarla en ninguna de las variedades que distingue Abascal en función de su decoración -dos o más bandas vinosas que delimitan frisos en los que puede aparecer o no decoración (Abascal, 1986: 110)-, ya que ésta se ha perdido por completo. Tan sólo podemos constatar que la pasta es de color rojo-anaranjado y que la superficie en donde debería estar la pintura se ha deteriorado, a buen seguro por los efectos del terreno arcilloso y el lavado producido por las recurrentes avenidas del río Jabalón que inundan el lugar.

Algo semejante ocurría con las piezas pintadas de tradición indígena halladas en Madrigueras (Carrascosa del Campo, Cuenca), en donde el terreno había alterado por completo varias urnas de pastas similares a la que nos ocupa: EI1V2 y EI5V2 (Urbina et al., 2013: 125 y ss.).

Cubriendo la urna se halló un plato de *terra sigillata* itálica, del que sólo se recuperó la mayor parte del fondo con su pie, y escasas muestras de su pared y borde. Conserva parcialmente, en la parte central interna, marca de alfarero *in planta pedis* con leyenda L.TITL., sello inédito en la provincia de Ciudad Real. A su vez presenta grafito anepígrafo *post coctionem* en el fondo externo (Poveda y Benítez de Lugo, e.p.).

El plato recuerda a otros hallazgos de la misma región natural, como prueban la forma Consp. 20.1 asociable a la Pucci 10,6, documentada en superficie en Sisapo-La Bienvenida (Fernández-Ochoa y Zarzalejos, 1991: 258), así como otros rasgos de la forma Consp.18.2, asimilable a la Pucci 10.5,7, que se encuentran en dos platos hallados en la necrópolis del Camino del Matadero (Alhambra, Ciudad Real), usados como tapadera de urnas en las tumbas 6, 7 y 8 (Fernández Rodríguez y Serrano, 1993: 192).

La forma del cartucho *in planta pedis* y la disposición del mismo permiten

fijar la producción de la pieza en un momento a partir del 15 d.C. y hasta el cierre de la *figlina* de *Lucius Titius*, poco antes del 40 d.C. (Poveda y Benítez de Lugo, e.p.).

Su llegada a Oretania pudo producirse desde *Carthago Nova* y cruzar *Libisosa* y *Mentesa Oretana* o tras abandonar *Laminium*.

En definitiva, la existencia de este enterramiento y su necrópolis asociada implican la pervivencia de alguna clase de asentamiento en este lugar en fechas más recientes que el siglo III a.C. De esta forma se corrige la propuesta de los excavadores del poblado, que defienden el abandono del lugar en ese momento a consecuencia de las incursiones cartaginesas del siglo III a.C en el interior de la Meseta (Vélez y Pérez, 1987: 183), a pesar de que recientes dataciones radiocarbónicas han proporcionado fechas del siglo II a.C. Evidentemente en el *oppidum* no se han encontrado materiales o registros arqueológicos de todos y cada uno de sus años o siglos de vida. En Arqueología bien se sabe que el que no se hayan encontrado no quiere decir que no existan. A modo de ejemplo, si en un asentamiento con una secuencia desde el siglo IX a.C. hasta el siglo I d.C. no se han encontrado pruebas materiales de los siglos VIII a.C., VI a.C. y I a.C. ello no implica que se hayan producido hiatos o abandonos del poblado en esos momentos, especialmente cuando la superficie excavada no excede en este momento, en el caso del Cerro de las Cabezas, el 8% de la superficie del poblado⁴.

3. Los Toriles-Casas Altas (Villarrubia de los Ojos, Ciudad Real)

El yacimiento de Los Toriles-Casas Altas se encuentra 15 km al sur de las estribaciones orientales de los Montes de Toledo. Está formado por varios enclaves que se extienden por la meseta de Casas Altas y un poblado que aprovechó el espolón circular de unas 9 ha de extensión, en el que remata hacia el Oeste dicha meseta (Los Toriles). Este espolón esté separado de la meseta por un suave declive en cuya ladera se sitúa la necrópolis y en donde se practicaron unos sondeos arqueológicos en 1999. Esta zona estaba afectada fuertemente por excavaciones clandestinas que habían dejado una clara huella en el lugar. En el Museo de Ciudad Real se conserva un lote de materiales, entre los que se halla un pequeño exvoto y varios fragmentos de falcatas procedentes de diferentes expolios en el enclave.

Se plantearon 7 sondeos, cuatro de 5 x 5 m y tres de 2 x 1 m, la mitad de

⁴ A pesar de que las evidencias materiales indican pervivencia durante la romanización en este lugar, la dirección del Cerro de las Cabezas insiste aún hoy, durante la celebración de estas Jornadas de Historia, en el antiguo planteamiento obsoleto expuesto hace décadas, que propone que en el yacimiento no vivió nadie a partir del siglo III a.C. El mismo alcalde de Valdepeñas, Jesús Martín, ha venido reiterando el discurso oficial de que "*se trata de un 'yacimiento puro' que nunca fue romanizado*", que el lugar de los hallazgos funerarios "*es un tanatorio, y no una necrópolis*" y que en todo caso no corresponde al Cerro de las Cabezas "*sino a otro poblado*" (no dice cuál) (Benítez de Lugo, 2013), intentando negar la evidencia y minimizar la relevancia del descubrimiento que no ha hecho 'su' arqueólogo municipal (imputado en el momento de redactar estas líneas por tráfico de influencias). Sin embargo no hay duda de que estos hallazgos, al igual que de otros anteriores (Vélez et al. 2003), ponen de manifiesto la continuidad del hábitat durante la romanización en el entorno del *oppidum*:

los cuales constataron el completo arrasamiento de los restos arqueológicos en esa parte. En el S-3 se documentaron varios hoyos con restos de ceniza y huesos cremados muy alterados, y los restos de un empedrado tumular con fragmentos de bronce y hierro alrededor entre los que destacan los restos de dos regatones. En el centro de la cuadrícula aparecen los restos de una urna casi completa de cuerpo ovoide y borde de labio horizontal, decorada con dos bandas en rojo y sendas series de dos líneas enmarcando cada banda, todo ello en la mitad superior de la pieza hasta por debajo del borde. Se trata de un ejemplar indígena pero que prefigura ya las producciones romanas, en cuanto a forma (Abascal 18) y sintaxis decorativa. A su lado apareció un pequeño recipiente de paredes finas que hacía las veces de tapadera. Se trata de una escudilla o taza, de la forma Mayet XLIII, con decoración a barbotina a base de mamelones. Este tipo de vasos se documentan en yacimientos no muy lejanos como *Sisapo*, y se fechan desde el período Augusteo hasta época de Claudio.

En el S-6 se aislaron hasta 12 hoyos diferentes muy alterados también por las acciones clandestinas. En el Hoyo 1 se descubre una oquedad ovalada cubierta de tierra negra con carbones y algún hueso. En el centro aparece la urna cineraria que se trata de un nuevo recipiente de forma ovoide y borde con labio vuelto, similar a la vasija del S3. La decoración a base de bandas rojas y líneas en negro contiene un motivo a medio camino entre la representación figurada y esquemática, con dos series de tres ramas o espigas con trazos negros. Estamos de nuevo frente a un vaso indígena pero que anticipa toda la sintaxis decorativa de las pintadas romanas y en concreto un modelo geométrico muy popular entre las vasijas de la forma Abascal 18. Pensamos que esta vasija permite avanzar un poco más en el conocimiento de los prototipos que sirvieron de base para las series pintadas romanas de tradición indígena. En el hoyo aparecieron los restos (mitad inferior) de un ungüentario de vidrio de paredes rectas que corresponde a la forma 8 de Ising (1957) y se fecha en época de Augusto-Tiberio.

La fase de hábitat iberorromano podría estar pendiente de descubrir en la zona no excavada; o, más probablemente, en la vega al pie del cerro, de forma similar a lo que sucede por ejemplo en el vecino *oppidum* de Cerro Domínguez. Ni las directoras de las excavaciones en ese yacimiento arqueológico ni la Disciplina se han permitido plantear la ocurrencia de que se trate de yacimientos diferentes (el de la ladera y el que hay a los pies del cerro), o poner en duda que se trata de la evolución histórica del mismo poblado, y que da nombre al yacimiento entero. Se trata, ni más ni menos, como hemos señalado en publicaciones anteriores del descendimiento del *oppidum* al llano vivido en numerosas ciudades prerromanas con motivo de la romanización. El ibérico, romano y medieval no son tres yacimientos diferentes, sino el producto de la evolución del mismo poblado. Por ello no es adecuado buscar un nombre nuevo diferente de 'Cerro de las Cabezas' para designar a la necrópolis de la fase iberorromana de este *oppidum* simplemente porque el hallazgo no lo ha realizado el equipo arqueológico municipal y éste se niega a asumirlo. Las necrópolis de esta clase, al igual que los cementerios actuales, se instalan fuera de las ciudades y no dentro del casco urbano, y a nadie se le ocurre ponerles un nombre diferente al del pueblo junto al cual se encuentran.

El descubrimiento de esta necrópolis también ha puesto de manifiesto cómo desde el equipo de arqueólogos valdepeñeros que dirige los trabajos en el Cerro de las Cabezas, además de omitir el interés del hallazgo, se ha negado el avance que supone para la investigación arqueológica con argumentos que atentan no sólo contra la Arqueología, sino también contra la Lógica y la Filosofía de la Ciencia. ¿Cómo es posible investigar mediante excavaciones arqueológicas sin haber elaborado hipótesis? Así sucede luego; que las interpretaciones proporcionadas constantemente carecen de base científica o responden a 'hipótesis *ad hoc*'; algo rigurosamente prohibido por la Filosofía de la Ciencia.

En el centro de la cuadrícula se halló una nueva urna. En este caso se trataba de un caliciforme de forma similar a los que aparecen entre las manos de varias de las esculturas femeninas del Cerro de los Santos. Se trata de un recipiente de 15 cm de altura con pie anillado y cuerpo globular y largo cuello cilíndrico ligeramente abierto en el borde. Presenta una decoración de líneas horizontales en la mitad superior del cuerpo y una serie de trazos que forman líneas verticales a lo largo de todo el cuello. Al lado de la urna se halla otro pequeño cuenco de paredes finas, muy similar al hallado en S3, igualmente decorado con barbotina y series verticales de 3 mamelones. Esta pieza fecha el enterramiento en la misma franja cronológica apuntada para el de S3. El hoyo donde se depositó la urna es apenas una pequeña oquedad en la costra caliza, de tendencia ovalada de unos 30 cm de diámetro y de apenas 10cm de profundidad. Las cenizas de la cremación se han esparcido por efecto de los arados, pero queda la mancha negra en las calizas del suelo.

En el S-7 se localizaron 7 hoyos correspondientes a tumbas en un área de 25 m². En H3 se halló una nueva urna casi intacta. Se trata de caliciforme muy similar al de S-6, con una línea en la panza y trazos que forman series de líneas oblicuas en vertical en el cuello, delimitados por dos líneas horizontales en el comienzo del cuello y bajo el borde. Se encontraba en parte aplastado por una piedra que podría haber servido de tapadera. Al igual que en el caso anterior, no se encuentran elementos de ajuar o vasijas de acompañamiento y los restos óseos son muy escasos.

Sin duda estamos ante un cementerio de gran riqueza, que ha sido saqueado hasta límites difíciles de precisar. A consecuencia de ello, en esta actuación donde se excavaron unos 100 m² de terreno, se consiguió detectar tan sólo 4 enterramientos en sus lugares de origen. Junto a ellos se localizan los restos de un túmulo con gruesas paredes de piedra caliza, y los hoyos o manchas de al menos una veintena de enterramientos destruidos completamente por las labores agrícolas o las excavaciones clandestinas.

Estos valores dan una idea de la densidad que pudo tener la necrópolis, con un mínimo de 24 tumbas, que en realidad debieron ser más, lo que ofrece unos valores de prácticamente 0,3 tumbas por metro cuadrado, la misma densidad que se puede calcular para el S7, donde se localizaron los restos del lugar en el que estuvieron las urnas aunque éstas hubieran desaparecido.

Los cuatro enterramientos documentados corresponden a un mismo momento cronológico, perfectamente definido por la cronología que aportan los dos cubiletes de paredes finas de la forma Mayet XLIII. Dado el contexto general marcado por los porcentajes de cerámicas en superficie se podría considerar que estos boles de paredes finas corresponden a momentos tempranos, hacia el primer tercio del siglo I d.C.; fecha que encajaría bien con las características de los dos vasos prototipos de las producciones pintadas romanas de tradición indígena. Este dato nos permite comprobar que los caliciformes de la tradición ibérica prolongan su uso hasta el siglo I d.C., algo que ya se había comprobado en otros lugares, como por ejemplo en la Alcudia de Elche (Ramos 1982:132).

Estamos, por tanto, ante un ejemplo de cementerio de época Altoimperial, en donde los ritos de enterramiento continúan siendo plenamente indígenas, así como el empleo de las urnas que contienen los huesos, utilizándose los productos de importación como tapaderas; algo que es común en la tradición funeraria ibérica desde el empleo de los platos y cuencos áticos en el siglo IV y III a.C. hasta su sustitución por los productos campanienses y posteriormente romanos. Si bien hay que advertir que los pequeños cubiletes de paredes finas no podían cumplir con propiedad la función de tapaderas al ser más pequeños que las bocas de las urnas, por lo que se debieron colocar más en virtud de una antigua costumbre que de su funcionalidad.

4. Camino del Matadero (Alhambra, Ciudad Real)

Se sitúa en la ladera sur del cerro del asentamiento, muy cerca de una calzada romana y junto a la necrópolis visigoda (Fernández Rodríguez, Serrano, 1995, 191). Se recogieron en el año 1990 un conjunto de materiales localizados en superficie por la remoción de obras en esta zona (Fernández Rodríguez, Serrano, 1995). A raíz de estos descubrimientos, se procedió a la apertura de una excavación de urgencia en los solares correspondientes. Se ha documentado un conjunto de tumbas en hoyo, en las que aparecen urnas cerámicas, la mayoría realizadas en cerámica pintada, con formas y decoraciones muy características del ámbito oretano (Esteban, 1998, 153-160; Madrigal, Fernández Rodríguez, 2001), que contienen los restos de cremación. Como tapaderas se emplean platos de distintos tipos cerámicos, tales como campaniense, cerámica gris o terra sigillata itálica. Por encima de estos enterramientos, se han localizado unas piras de cremación o de ofrendas, en las que se han recuperado restos de madera, clavos de hierro, ungüentarios de cerámica o vidrio y algún fragmento de tégula, fechables desde la segunda mitad del siglo I a.C. hasta la época de Tiberio-Claudio (Madrigal, Fernández Rodríguez, 2001). Estos enterramientos en hoyo han de ubicarse cronológicamente entre la segunda mitad del siglo II a.C. -por las páteras campanienses- y el comienzo de la época julio-claudia (Madrigal, Fernández Rodríguez, 2001). En la zona de esta necrópolis se recogieron fuera de contexto unos fragmentos de escultura zoomorfa realizados en arenisca, que señalarían la existencia de monumentos funerarios, pero de una fecha reciente cercana al cambio de Era (Fernández Rodríguez, Serrano, 1995, 192; Madrigal, Fernández Rodríguez, 2001). La necrópolis evidencia la superposición de elementos romanos a ritos enraizados en la tradición ibérica.

En el cementerio de Alhambra existen varios paralelos con las necrópolis antes tratadas, como son la presencia de un ungüentario de vidrio similar al de S3 H1, en el enterramiento 9 o la presencia de sigillatas aretinas entre los materiales de superficie, así como los característicos goterones de pintura en el interior de algunas vasijas, que los autores consideran como característica de la presencia de un taller alfarero en las inmediaciones del yacimiento (*ibidem*:

235). En esa necrópolis se constata igualmente la monotonía de los contenedores de huesos que son casi todos del mismo tipo, al igual que en Los Toriles constatamos la presencia de sólo dos tipos de vasos ejerciendo esas funciones. A la necrópolis de Alhambra se le asigna una cronología del II a.C. hasta Tiberio-Claudio.

En la necrópolis de El Camino del Matadero, en Alhambra-Laminium, se han documentado también algunos materiales de época altoimperial y un enterramiento de inhumación que se fecha entre los siglos II y III d.C. (Madrigal, Fernández Rodríguez, 2001).

Muy semejante en cuanto a ritos y ajuares, geográficamente próxima y de cronología similar a la de Alhambra es la necrópolis de Ruidera, bajo el casco urbano de esta localidad y relacionada con el asentamiento al que ya nos hemos referido, fechada hacia el cambio de Era (Fernández Rodríguez, Serrano, 1995, 192).

También a este momento pertenece la necrópolis de Carrizosa (Carrizosa, Ciudad Real) (Madrigal, Fernández Rodríguez, 2001).

5. Conclusiones

Las tres necrópolis presentadas constituyen los únicos ejemplos de necrópolis de cronología Republicana y Altoimperial en Ciudad Real. Desde hace tiempo son conocidos otros cementerios de esta época en la provincia de Albacete, como Mahora (Roldán Gómez, 1986-7), Hoya de Santa Ana y Tolmo de Minateda en la provincia de Albacete (Sanz, 1997), y muchas otras en Andalucía Oriental y Levante (Jiménez Díez, 2006:73-4).

A pesar de lo reducido de la muestra se pueden comprobar la existencia de ciertas características comunes a las necrópolis meridionales y levantinas de estos momentos, apuntadas hace años, como el empleo de cerámicas indígenas para servir de urnas, la importación de tapaderas, la escasez de restos óseos, el pequeño tamaño de los contenedores de huesos y la ausencia de vasijas de acompañamiento (Fuentes, 1992).

Por los datos obtenidos es posible establecer el ritual en la excavación de un hoyo en el que se depositan los restos de la cremación. Se trata de deposiciones secundarias, ya que el tamaño de los hoyos resulta demasiado pequeño para contener la pira de cremación. En el centro de estos hoyos se colocaba la urna funeraria -vasijas de pequeño tamaño, por lo general- y con escasas cantidades de huesos, detectándose éstos muy triturados. Es posible que además de unas altas temperaturas alcanzadas en la pira, los huesos sufrieran algún proceso ritual de trituración, lo que explicaría los escasos fragmentos que han llegado hasta nosotros, lo cual dificulta sobremanera el estudio antropológico de las necrópolis de este momento.

La urna solía estar tapada, aunque al parecer no se daba demasiada importancia a este hecho, ya que encontramos desde fragmentos de una vasija de cocina cuya intención es cubrir por completo la boca de la urna, hasta ma-

teriales de importación de pequeño tamaño como los cubiletes de paredes finas que apenas cubren el centro de la misma. Si las urnas donde aparecen estos cubiletes han perdido sus tapaderas, habría que considerar a los boles de paredes finas como vasijas de acompañamiento, algo poco frecuente en otras necrópolis. Sólo se han hallado los restos de un ungüentario de vidrio entre los ajuares de las tumbas, lo cual parece ser usual en las necrópolis de la zona como pudo comprobarse extensamente en la actuación de Alhambra.

En general, es posible reseñar que en Oretania septentrional los ritos de enterramiento perpetúan las tradiciones indígenas hasta un momento avanzado del siglo I de nuestra Era, no solamente por el hecho mismo de la incineración, sino por la organización en espacios funerarios similares (necrópolis) y en muchos los mismos lugares (Ojos del Guadiana, Valdepeñas) que en el mundo ibérico o indígena. Sabido es que en los últimos tiempos de la República y Alto Imperio las incineraciones son comunes en todo el ámbito romano, pero en muchos adoptan formas propias como los columbarios o las cistas con cajas de piedra donde no es inusual encontrar los restos cremados dentro de vasijas de vidrio (Alhambra, p. ej.), pero no es el hecho de la incineración en sí mismo, sino la incineración unida a los espacios concebidos en el mundo indígena como necrópolis lo que permite hablar de continuidad ideológica o, si se prefiere, de "sentimientos de identidad étnica" (Jiménez Díez, 2002).

Esta asimilación de las costumbres indígenas dentro de un proceso continuado de romanización se puede observar igualmente en la utilización de vasijas propias del mundo romano para el cubrimiento de las urnas, como los cubiletes de paredes finas o los platos de terra sigillata. Por lo que respecta a los contenedores de huesos parece que tienden a utilizarse vasijas propias del mundo indígena, como los pequeños caliciformes y cubiletes pintados y las urnas pintadas de tradición indígena, dentro de las cuales, el ejemplar de S6 H1 de Los Toriles ejemplifica el proceso de transformación de las decoración figurativa indígena en la esquemática que triunfará con el paso del tiempo.

Finalmente, hay que señalar que los materiales hallados en estas necrópolis ponen de manifiesto el incremento del comercio, algo lógico que se refleja en las variedades cerámicas propias del mundo romano que llegan con mayor profusión, pero también en otras producciones como las pintadas de tradición indígena o las indígenas de estilo Elche-Archena.

6. Bibliografía

ABASCAL PALAZÓN, Juan Manuel. La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica: centros de producción, comercio y tipología. Universidad de Alicante, 1986.

BENÍTEZ DE LUGO, Luis (dir.). Mentesa Oretana. 1998/2000. Ciudad Real. 2001.

BENÍTEZ DE LUGO, Luis; HEVIA, Patricia y ESTEBÁN, Germán. Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.c.-500 d.c.). Puertollano. C&G. 2004.

BENÍTEZ DE LUGO, Luis; CABRERA, Isabel.; MATA, Enrique. y RUIZ, Paula. Arqueología urbana en Alhambra. Investigaciones sobre Laminium. Ciudad Real. C&G. 2011.

BENÍTEZ DE LUGO, Luis y MORALEDA, Jaime. "Símbolos, espacios y elementos ibéricos para el culto en Oretania septentrional. Estado de la cuestión arqueológica, revisión crítica y nuevas aportaciones". C. Rísquez y C. Rueda (eds.): Congreso Internacional 'Santuarios iberos: territorio, ritualidad y memoria. El Santuario de la Cueva de La Lobera de Castellar (Jaén) 1912-2012: 213-270. 2013.

BENÍTEZ DE LUGO, Luis. "Son de risa". <http://www.miciudadreal.es/2013/08/27/son-de-risa-el-arqueologo-benitez-de-lugo-responde-a-las-valoraciones-del-ayuntamiento-de-valdepenas-sobre-su-investigacion-en-el-cerro-de-las-cabezas/>. Última visita: 15/9/2014. 2013.

FERNÁNDEZ OCHOA, Carmen; ZARZALEJOS, Mar; HEVIA, Patricia y ESTEBAN, Germán. Sisapo I, Excavaciones arqueológicas en La Bienvenida. Almodóvar del Campo (Ciudad Real). JCC-L, Toledo, 1994

FUENTES DOMÍNGUEZ, Ángel. "La Fase final de las Necrópolis ibéricas". En J. Blánquez, V. Antona (coords.). Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis, Madrid, 1992, p. 587-606.

GARCÍA HERNÁNDEZ, Francisco. La cerámica ibérica decorada de estilo Elche-Archena. Catálogo exposición Museo Provincial. Alicante, 1987.

GARCÍA HUERTA, Rosario, MORALES, Francisco Javier. "Las necrópolis ibéricas en Ciudad Real: estado de la cuestión". III Congreso de Arqueología Peninsular. Vol 5. Proto-historia da Península Ibérica. Vila Real, 1999, Toledo, 2000, p. 297-310.

ISING, C. (1957). Román Glass From dated finds. Groeningen Yakarta.

JIMÉNEZ DÍEZ, Alicia. "Necrópolis de época republicana en el Mediodía peninsular: "Romanización" y sentimientos de identidad étnica". Espacios y usos funerarios en el Occidente romano: Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba (5-9 junio, 2001). Desiderio Vaquerizo Gil (coord.), Universidad de Córdoba, Seminario de Arqueología, 2002, p. 217-232.

- "Contextos funerarios en la transición del mundo prerromano al romano en el sur peninsular". Anales de Arqueología Cordobesa, 17, 2006, p. 67-98

MADRIGAL, Antonio y FERNÁNDEZ, Macarena. "La necrópolis ibérica del Camino del Matadero (Alhambra, Ciudad Real)". En Fco. J. Morales Hervás, R. García Huerta (coords.). Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración. Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 225-258.

POVEDA, Antonio M. y BENÍTEZ DE LUGO, Luis. "Nuevo ejemplo del uso de sigillata itálica en rituales funerarios oretanos. La Tumba 1 del oppidum Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)". Boletín ex officina hispana nº 6. e.p. 2015.

RAMOS, Rafael. "Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica".

Lucentum, 1, 1982, p. 117-133.

ROLDÁN GÓMEZ, Lourdes. "La necrópolis de Mahora (Albacete)". Cuadernos de prehistoria y arqueología, nº 13-14, 1986-7, p. 245-262

SANZ, Rubí. Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición. Instituto de Estudios Albacetenses, 1997.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Macarena y SERRANO, Ángeles. "Una necrópolis iberorromana en Laminium (Alhambra-Ciudad Real)". Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología: Vigo 1993, Xunta de Galicia, Vol. 1, 1995, pp. 191-196.

URBINA, Dionisio y URQUIJO, Catalina. "La necrópolis íbero-romana de Los Toriles-Casas Altas (Villarrubia de los Ojos)". En: L. Benítez de Lugo, coord. El patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de trabajo ya actuaciones recientes. Valdepeñas, 2000, pp. 153-165.

- "La necrópolis ibero-romana de los Ojos del Guadiana, Villarrubia de los Ojos. Ciudad Real". As Idades do Bronze e do Ferro na Península Ibérica. Actas do IV Congreso de arqueologia peninsular. (14-19 Setp 2004), Faro, 2007, pp. 121-133.

VÉLEZ, Julián, PÉREZ, Javier, GALINDO, Lorenzo, SÁNCHEZ, Vicente y URBINA, Arantxa. "Intervención arqueológica en el Yacimiento de San Miguel (Valdepeñas)". Cuadernos de Estudios Manchegos 25-26. Instituto de Estudio Manchegos. Ciudad Real. 2003, pp. 79-172.

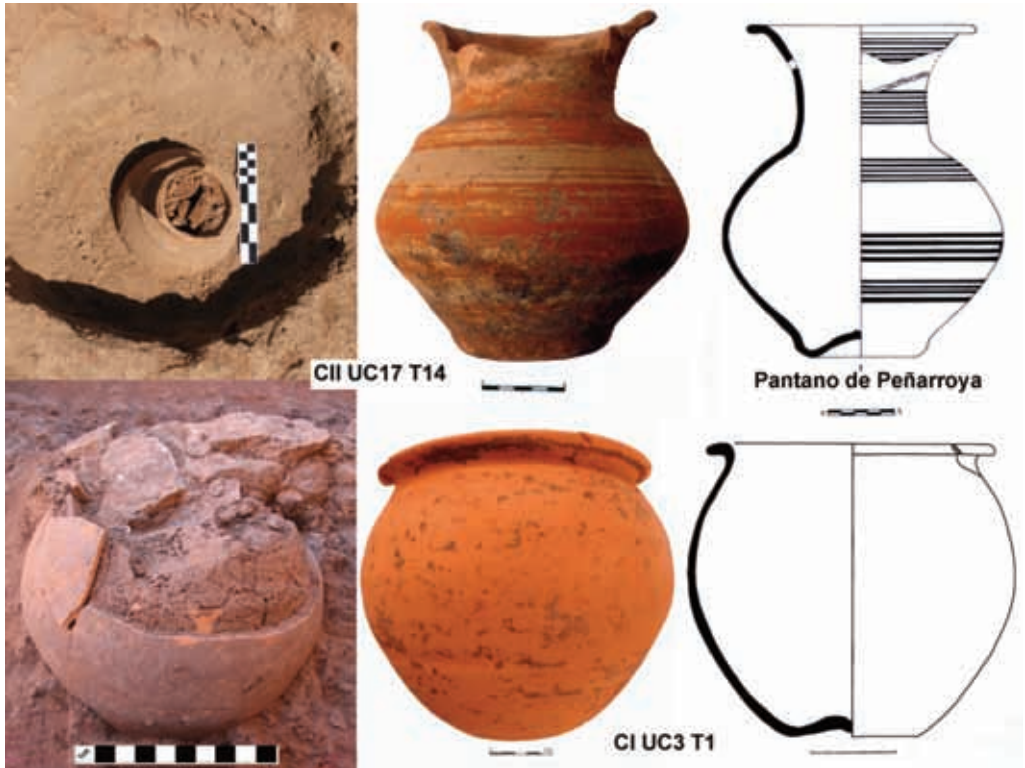


Fig 1. Urnas o contenedores de huesos de la T14 (arriba izq. y centro) y T1 (abajo) de la necrópolis del Cerro de las Cabezas, Valdepeñas. Vasiija de la necrópolis de Pantano de Peñarroya, (arriba dcha.) según Madrigal y Fernández, 2001, fig.12.



Fig. 2. Plato de terra sigillata aretina CI UCE T1 utilizado a modo de tapadera de la urna en la Tumba 1 de la necrópolis del Cerro de las Cabezas.



Fig. 3. Trabajos de excavación en 1999. Homenaje a Jesús Arroyo que nos abandonaría poco después. (2º Izquierda)



Fig 4. Recipientes indígenas y de tradición indígena empleados como urnas y vasos de paredes finas utilizados como tapaderas en las incineraciones de Los Toriles.

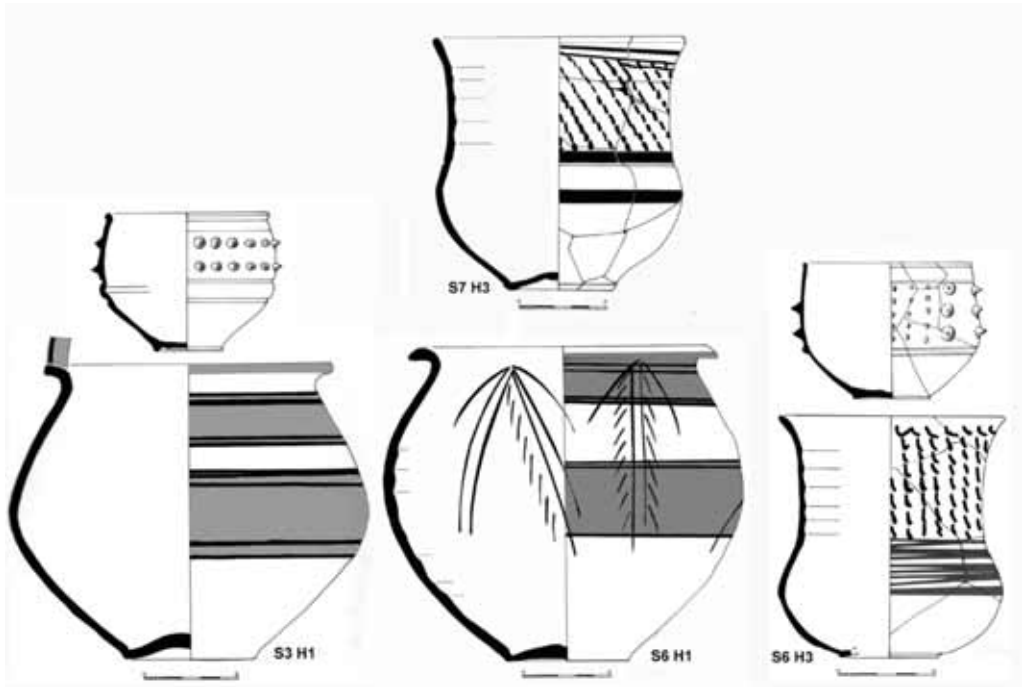


Fig. 5. Dibujos de los recipientes de la figura anterior.

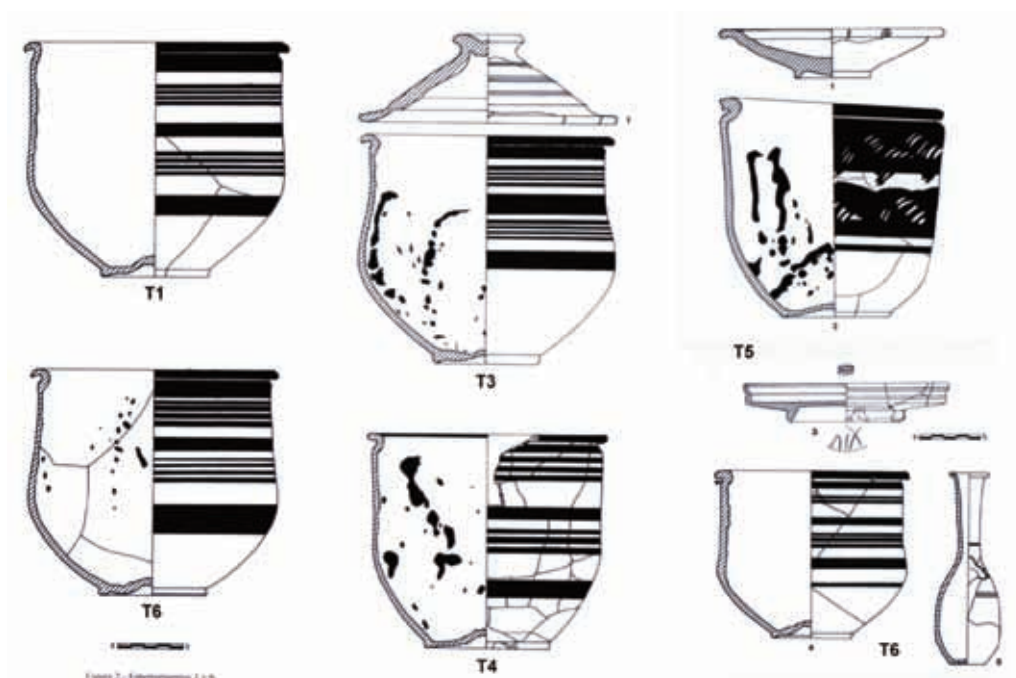


Fig. 6. Varias vasijas de enterramientos del Camino del Matadero, Alhambra. Sobre original de Madrigal y Fernández, 2001.